

Imperios del mal y del Bien

POR LORENZO MEYER

Las agencias que componen la red de los servicios de inteligencia de las naciones más poderosas tienen acceso a verdaderas cascadas de información sobre los países y asuntos que les interesan. Los avances tecnológicos para recabar parte de esta información a veces resultan verdaderamente sorprendentes. Desde sus satélites, por ejemplo, pueden interceptar cualquier llamada telefónica en cualquier parte y sus cámaras en el espacio sacar fotografías tan precisas y nítidas que sus agentes logran saber el número de la placa de un automóvil. Sus recursos materiales les permiten no sólo conseguir personal de alta calidad, sino también comprar la colaboración de miles de informantes extranjeros, lo cual hace posible que estén al tanto incluso de los procesos más íntimos y secretos de gobiernos amigos o enemigos.

★

Por todo lo anterior, es realmente difícil de entender que, pese a sus recursos, esas agencias cometen con frecuencia errores de cálculo que una persona medianamente informada y con sentido común habría evitado. El último ejemplo es el error de la CIA con el general Noriega, el hombre fuerte de Panamá. La agencia norteamericana primero lo hizo su hombre clave en la zona y luego descubrió que era narcotraficante, doble agente, y ahora no sabe cómo echarlo del poder. Aunque de manera distinta, con México también se ha equivocado.

En el libro de Bob Woodward, *Las guerras secretas de la CIA*, publicado en

1987 y en el cual examina desde un punto de vista periodístico a la CIA durante el periodo que estuvo bajo la dirección del ya difunto William J. Casey (1981 a 1987), encontramos que "su central funcionó, en relación con México, a base de un esquema tan simple que fue falso. El caso mexicano muestra cómo, al ser deficiente el marco dentro del cual se procesa y examina toda la información que llega al cuartel general de la CIA en Langley, Virginia, ese material pierde mucho o todo su valor como guía para tomar decisiones adecuadas.

De acuerdo con Woodward, al recibir la CIA de manos de Ronald Reagan el 28 de enero de 1981, William Casey —cuyos mejores años en el espionaje ya habían pasado— se puso a buscar colaboradores que pensaran como él, es decir, conservadores viscerales, gente sin empacho en dividir al mundo entre el imperio del mal y el imperio del bien. Para América Latina, Casey encontró a su hombre en el doctor Constantine C. Menges, un académico conservador del Hudson Institute, que en un par de cuartillas fue capaz de presentar al nuevo jefe de la CIA un resumen de los retos que Estados Unidos afrontaba en ese momento en América Latina, el Cercano Oriente y África.

★

En Latinoamérica, según Menges, el principal objetivo estratégico de los enemigos de Estados Unidos —que obviamente eran Cuba y la URSS, apoyadas por Libia, los palestinos y los movimientos subversivos locales— era nada menos que México. Debido a ello, la lucha iniciada inmediatamente por el gobierno de Reagan contra los sandinistas en Nicaragua se habría de justificar como la primera línea de defensa de una lucha por México.

De entrada, Casey y Menges tuvieron un problema: los líderes mexicanos no aceptaron la validez del análisis que el segundo había presentado al primero, y todavía peor, se opusieron a la decisión de Washington de acabar por las buenas o por las malas con la Revolución Nicaragüense. Así las cosas, el gobierno norteamericano se vio forzado a tener que salvar a México sin la coopera-

ción de éste. Ello provocó una gran irritación en el jefe de la CIA, que vio a México —según palabras de Woodward— como "un dolor en el trasero de Estados Unidos".

Según Woodward, Miguel de la Madrid apareció a los ojos del jefe de la CIA como "un profesor con mentalidad de izquierdista predicando la no intervención y clamando que la actuación de Estados Unidos radicalizaba a los sandinistas". Desde México, resulta casi increíble que alguien haya sido capaz de confundir al Presidente De la Madrid con un izquierdista. Pero tal opi-

nión es comprensible para quien ve el mundo a la manera de los colaboradores de Ronald Reagan, pues ellos no podían entender que México deseara preservar el principio de la no intervención frente a Estados Unidos, es decir, ante el imperio del bien. Así pues, si De la Madrid mostraba reservas frente a Estados Unidos, debería ser por motivos inconfesables.

★

SI Woodward se hubiera interesado más por el caso de México, habría podido recoger en su libro esos "motivos inconfesables", ya que el doctor Menges los denun-

ció, por escrito y oralmente, en reuniones y conferencias. Yo tuve oportunidad de escucharlos hace varios años y este es el momento en que aún no salgo de mi sorpresa. Menges no partió en su análisis de la idea de que los dirigentes mexicanos fueran de izquierda, sino bastante conservadores y reaccionarios, de ahí que a primera vista resultara difícil entender que se opusieran a la destrucción del sandinismo y de la guerrilla salvadoreña. Sin embargo, había una lógica profunda y maquiavélica para explicar la aparente paradoja, y Menges la había descubierto. Veamos.

El México de principios

de los ochentas, según Menges, era un país a punto de estallar, de ser el próximo Irán, pues tenía una de las distribuciones del ingreso más injustas del planeta, a más de estar dirigido por una élite ilegítima y corrupta hasta la médula. Sin embargo, en la superficie, el sistema político mexicano parecía estable, las masas empobrecidas eran dóciles y sumisas y los partidos de izquierda apoyaban más que combatían al gobierno. ¿Por qué?

De acuerdo a la opinión de quien durante un tiempo habría de ser el responsable de las labores de inteligencia de Estados Unidos en América Latina

—ahora ya no lo es— la razón para que las fuerzas de izquierda en México no sublevaran a las masas contra el gobierno, como lo habían hecho, por ejem-

plo, en El Salvador, era un acuerdo entre el reaccionario gobierno mexicano por un lado y los gobiernos de Cuba y la URSS

del otro. A cambio de que cubanos y soviéticos implieran a la izquierda mexicana movillizar a las masas desposeídas en contra de sus gobernantes, México había aceptado apoyar los proyectos antinorteamericanos de sandinistas e insurgentes salvadoreños.

Desde esta perspectiva, resultaba que la élite política mexicana no tenía nada de izquierdista como suponía Casey, sino que, poseída de un egoísmo brutal, estaba dispuesta a entregar las cabezas de los demócratas y anticomunistas en Centroamérica —los luchadores de la libertad— a cambio de que Cuba, la URSS y los comunistas mexicanos le garantizaran su sobrevivencia; aquello era anteponer intereses ilegítimos a legítimos. Pero eso no era todo, los líderes mexicanos no se daban cuenta de que la URSS los usaría por un tiempo y luego los iba a traicionar, como correspondía a la conducta del imperio del mal. Todo este esquema de Menges se basaba en un su-

puesto no demostrado: que a principios de los ochentas la izquierda mexicana tenía la capacidad y voluntad de iniciar un movimiento revolucionario contra el gobierno. Queda a juicio del lector decidir si ese era el caso. Yo creo que no.

★

CON todo lo anterior, resulta claro por qué, en Estados Unidos, personajes como Casey y Menges dirigieran la atención de los comunicadores norteamericanos —en la medida en que ello era posible— a difundir la idea de que estaba muy corrompida la élite mexicana. Debe reconocerse que no les faltó materia prima al respecto, al contrario, la había de sobra. Las mismas razones que desataron, al menos en parte, la campaña internacional de prensa contra el gobierno de Miguel de la Madrid, explican también el entusiasmo de los círculos conservadores norteamericanos por el PAN y en pos de un cambio en las reglas del juego electoral mexicano. Hasta

ahorita, la falta de democracia en México les había tenido, sin cuidado a los gobernantes norteamericanos, pero su actitud cambió a partir del momento en que la élite política de aquí, en defensa propia, con vistas hacia el futuro y tomando las lecciones del pasado, se opuso activamente a la lucha contra el imperio del mal en Nicaragua y El Salvador, usando con ese objeto la defensa del principio de no intervención.

Para conservadores paranoicos como Casey o Menges, una defensa mexicana del principio de no intervención, enteramente explicable en los propios términos de la historia de nuestro país —una historia donde la amenaza a la soberanía ha provenido fundamentalmente de Estados Unidos—, no era comprensible. Para ellos, la no intervención era simplemente una "basura" que es-

condia intereses inconcesables.

En los avances del último libro de Lee Iacocca, hablando claro, el exitoso presidente de la Chrysler Corporation afirma que Ronald Reagan "entregó a unos cuantos chiflados todas sus responsabilidades, para poder ir a montar a caballo". A juzgar por lo que Woodward nos dice de la CIA de la época de Casey y según lo dicho y escrito por Menges en relación con México, posiblemente Iacocca tiene razón.

De lo hecho por la CIA de Casey se pueden sacar muchas lecciones. Una es el enorme peligro que todos corremos cuando a los servicios de inteligencia les falta inteligencia; es decir, si los prejuicios le ganan la partida al sentido común en el difícil y brutal juego del poder mundial. Es extraordinariamente injusto que los errores de burócratas desconectados de la

realidad por las obsesiones e ideas simplistas causen los enormes sufrimientos que hoy están viviendo millones en Centroamérica o Afganistán, pero así es la política.

Si Iacocca dice que Reagan es un irresponsable por haber delegado su enorme poder en unos "chiflados", uno tiene derecho a ir un paso más adelante y preguntarse: ¿quién puso a Reagan en la posibilidad de cometer tales errores? Ojalá y en las próximas elecciones, los ciudadanos norteamericanos superen algunos de sus prejuicios y entreguen el enorme poder de su país a un individuo responsable, capaz de convivir con las complejidades, fallas y contradicciones de este mundo. Sin embargo —y por si las dudas—, debemos mantener la guardia en alto, para defendernos de una nueva acometida de la inteligencia sin inteligencia.